2651

ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA
Y
BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

LOS COTORRONES

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO

COMPRA Y VENTA DE
COMEDIAS, LIBROS, MÚSICA, ETC.
ENVÍOS A PROVINCIAS
LINO CUESTA
Toledo, 64, 1.º D.
MADRID

MADRID
EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.º
ARREGUI Y ARUEJ
Greda, 15, bajo
1892

64

LOS COTORRONES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de las Galerías de los SRES. HIDALGO y ARREGUI y ARUEJ son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LOS COTORRONES

JUGUETE CÓMICO

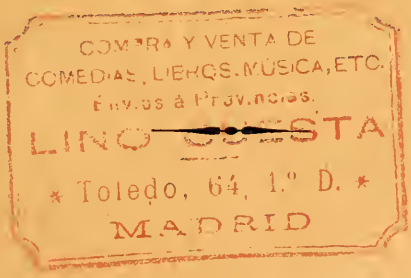
EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS COCAT Y HELIODORO CRIADO

Representado por primera vez con extraordinario éxito
en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 7 de Mayo de 1892
por la compañía de

MARÍA A. TUBAU



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/loscotorronesjug11824coca

Á LA MUY DISTINGUIDA ACTRIZ CÓMICA

Doña Josefina Alvarez

Tienen el gusto de dedicarle este juguete, como testimonio de consideración y cariño, sus invariables amigos

L. Cocat y H. Criado

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA SABINA	Sra. D.ª Josefina Alvarez.
ELENA	Srta. D.ª Natividad Blanco.
PETRA	Matilde Ortiz.
JACINTO	Sr. D. Ricardo Manso.
GUILLERMO	Luis Villanova.
EMETERIO	Felipe Sánchez Calvo.

La escena en Madrid.—Época actual

Por derecha é izquierda entiéndase la del público

NOTA. Los personajes *Jacinto y Guillermo* representan una edad de cuarenta á cuaranta y cinco años El primero de maneras muy presumidas, coquetón y refinado elegante; el segundo más serio.

ACTO UNICO

Sala elegantemente amueblada.—Puerta al fondo y laterales.—Balcón á la izquierda, primer término.

ESCENA PRIMERA

PETRA, después ELENA

PET. (Acabando de limpiar los muebles con un plumero.) Pues, señor, está visto que el matrimonio no da hoy señales de vida. ¡Y cuidado que he metido ruido!...

ELENA (Apareciendo en la primera puerta de la derecha.) Petra.

PET. Señorita, buenos días. ¿Se ha vestido usted sola? (Sorprendida.)

ELENA Sí. ¿Y... el señorito, ha salido?

PET. Que yo sepa, no, señorita.

ELENA ¿Entonces estará en su despacho?

PET. (Acercándose sigilosamente á la segunda derecha.) Está cerrado. Pero, ¿está usted triste, señorita?

ELENA Sí, Petra. (Suspirando.)

PET. ¿Qué le pasa á usted?

ELENA (Cogiéndola de la mano.) ¡He estado toda la noche sola!

PET. ¡Jesús! ¿Qué me dice usted?

ELENA Tuvimos un disgusto muy grande.

PET. ¡Ave María!... ¿A los siete días de casados?

ELENA Te advierto que yo no tengo la culpa de nada; pero él, como es así... ¡No sabes cómo se puso de furioso; y qué cosas me dijo!... Yo

609121

me eché á temblar y me amedrenté de tal modo, que no he hecho más que llorar desde que me dejó.

PET. ¡Pobre señorita! ¿Por qué no me llamó usted?

ELENA Si no me atreví. Además, yo esperaba que que se le pasara y volviera... pero, ya ves.

PET. ¡Me deja usted pasmada! Y á todo esto, ¿qué fué ello?

ELENA Mira, casi me da vergüenza decirlo, por más que si me hubiera sucedido de soltera nada tendría de particular. Mientras que ahora... y después de lo de anoche...

PET. Vaya, yo soy de confianza, y...

ELENA Ayer, sabes que fuí á casa de mis padres; estuve con ellos hasta las cuatro, y volví como fuí, en el tramvía del Hipódromo.

PET. *Lo cual que* no está ni medio regular. Sí, señorita. Eso de que tenga usted marido y la deje ir sola hasta la Prosperidad, cuando hace ocho días no salía usted ni á la puerta de la calle sin su mamá ó acompañándola yo... Permítame usted que la diga que el señorito tiene muy poca... aprensión.

ELENA Bien; pero ya sabes lo que dice: que la mujer casada debe saber andar sola. Y además, de día yo no tengo miedo.

PET. Toma, ya sabemos que no se la comerían á usted, pero...

ELENA El caso es que yo no estuve más que allí, los invité á almorzar hoy, como me encargó Guillermo; después, ya viste que no salimos porque llovía. Comimos, á las once nos retiramos...

PET. Bien contentos, por más señas.

ELENA Sí; no quiso que te llamara.

PET. Ya, ya me figuré que quería hacer de *doncello*.

ELENA Más valía que no se le hubiera ocurrido. Al descalzarme notó que me faltaba... (Suena un campanillazo.)

PET. ¡Llama!

ELENA Sí, en el despacho. ¡Corre! (Éntrase Petra por la segunda derecha.) Sin poderlo remediar vuelvo á ponerme temblorosa. Dios mío, estoy de-

seando que llegue mamá. (Se acerca maquinalmente al balcón y levanta la cortina para ver la calle.) Ah, allí vienen... (Agita el pañuelo como saludándoles.) ¡Cuánto me alegro! Ya estoy más tranquila. Les contaré todo, me ayudarán á convencerle... de que ha estado muy inconveniente (Transición enérgica) sí señor; muy inconveniente, y hasta grosero. En fin, ellos lo arreglarán, y encima mamá le hará que me pida perdón. Eso, para que las eche de hombre. Bien dice mamá, y con razón: la mujer casada no debe permitir que el marido lleve en casa los pantalones. (Sale Petra.) ¿Qué quería?

PET. Nada; me ha preguntado si se había usted levantado. Yo le he dicho: no sé, no me ha llamado. (Con intención.)

ELENA ¿Y qué cara tiene?

PET. *Desaboría* á más no poder; y de no haber dormido tampoco.

ELENA ¡Es raro, como él solo! Ande, abre; que he visto por el balcón venir á mis padres. No les digas nada.

PET. Descuide usted. (A todo esto no me ha dicho lo que vió el señorito que la faltaba...) (Vase por el fondo.)

ELENA (Mirándose en un espejo.) Me van á conocer en la cara al momento que... No, me pasaré un poco la borla, y con los polvos disimularé algo. (Vase por la primera derecha.)

ESCENA II

PETRA, JACINTO, á poco ELENA. Jacinto, gomoso fin de siglo, entra muy gozoso y decidido. Petra le sigue un tanto azorada

PET. Pero, señorito, ¿á quién busca usted?

JAC. Calla, Petrilla, no seas indiscreta. ¿Sirves ahora aquí? No sabes lo que me alegro. Toma, esa peseta para tí, ya sabes que siempre fuí espléndido.

PET. Sí, ya lo veo... (Guardándose la peseta.) Pero el caso es que usted se cuela aquí como Pedro

por su casa, y se me figura que viene usted equivocado.

JAC. ¡Pst! ¿Equivocado yo? Anda, guasoncilla... Avisa á tu señorita.

PET. ¡Que la avise!

JAC. Sí, mujer. Si esto es plán convenido, desde ese balcón me ha hecho la señal para que suba.

PET. ¡Mi señorita! ¿Cuándo?

JAC. Ahora mismo. Vamos no me dés *coba*, Petrita... Dila que estoy aquí. (Aparece Elena.)

PET. (Al verla y adelantándose.) Señorita...

JAC. Tengo el honor... (Saludando con coquetería y elegancia.)

ELENA Caballero... Tome usted asiento. (Sorprendida.)

JAC. Muchas gracias. (Se sienta.)

ELENA Con su permiso... (Jacinto se inclina. Elena váse á hablar á Petra aparte.) ¿Le conoces?

PET. Sí, señorita; he servido en casa de su tía.

JAC. Vamos, estará tomando informes. Afortunadamente Petrilla me ha tenido siempre ley, y como he entrado hablándola en plata...)

PET. Y me decía que la avisara á usted.

ELENA ¿A mí? (Sorprendida.)

JAC. (Tose) ¡Ejem, ejem!... (Esto es abusar de mi tolerancia.)

PET. ¿Los señores? Habrá usted visto mal, señorita, no han venido todavía. (Jacinto se vuelve impaciente.)

ELENA ¿Que no? (Viendo la impaciencia de Jacinto.) Bueno, vete... Avísame... (Se sienta frente á Jacinto algo desconcertada.)

PET. (Yéndose por el foro.) (¡Ay, me parece que no dá pié con bola! ¿Se conocerían de antes? ¡Fíese usted!)

ESCENA III

ELENA y JACINTO

JAC. (¡Gracias á Dios!) (Empieza un juego mímico de monadas, que Elena no comprende.)

ELENA Caballero... Ya me ha dicho Petra...

JAC. ¿Quién soy? Lo celebro. No estará demás

asegure á usted yo ahora, que como hombre de mundo, galante y cortés, con las damas especialmente, no debe temer de mí las indiscreciones de un polluelo...

ELENA Usted perdonará, caballero...

JAC. Jacinto; llámeme usted Jacinto. (Animándose.)

ELENA No... No tengo el honor de conocerle.

JAC. Sí, estamos conformes, por el momento... Sin embargo, no negará usted que no soy tampoco un desconocido para usted. (Volviendo á su juego de monerías.)

ELENA A decir verdad, sí, yo le he visto á usted otra vez; pero no recuerdo... (Con ingenuidad.)

JAC. Sí, es muy posible también. (Lanzándose con verbosidad creciente y estilo presumido.) Yo frecuento todo lo principal de Madrid, y soy conocidísimo en los teatros, desde el Real hasta Romea; los circos, los paseos, especialmente en el *de los pinos de las de Gómez*, vulgo *Alcalá stréet*, y en la puerta de las Calatravas, tengo abono permanente de planta fija de once á doce los Domingos y todas las tardes de *fiesta mística*. Así, no extraño que me haya usted visto, no una, cien veces. En cambio yo no me perdonaré *jamáis de la vie*, el no haberme fijado en usted hasta ayer... Pero en fin, si había de ser para tener la fortuna y el placer de este momento, de buena gana digo con el refrán: más vale llegar á tiempo, que ciento volando... (Con arrobamiento.)

ELENA (¡Yo no sé qué decir!... Ni le entiendo una palabra...)

JAC. La verdad es, que cuando la ví á usted ayer bajar por el paseo del Hipódromo, hubiera dado en aquel instante toda mi juventud, cuanto poseo... el Banco de España... la fortuna de los Rothschild, lo que me hubieran pedido, por un caballo de Fernán Núñez ó de Garvey, en vez de la bicicleta que montaba.

ELENA ¡Ah, conque usted!... (Sorprendida al reconocerle por lo que oye.)

JAC. Sí, yo la hubiera cogido á usted á la carrera,

y colocándola sobre el bruto, entre los dos la hubiéramos llevado. . (Con enfática acción.)

ELENA Basta, caballero. He escuchado á usted por cortesía y con la incertidumbre natural del que no recuerda. Desde este momento... dispénseme usted de continuar la visita. Beso á usted la mano. (Vase por la primera derecha.)

JAC. ¡Diantre! ¿Qué significa esto? ¿Querrá tomarme el pelo? De modo que me hace seña... para que suba, la cosa es clara! Subo, presento mis memoriales, largo una perorata que hasta á mí mismo me estaba dando gusto oírmela, y de buenas á primeras se me arranca por... ¡peteneras de guante blanco! Vamos, si no hay quien entienda á estas mujeres de *fin de siglo*. Y ahora, ¿qué hago yo? Recapacitemos. ¿Me ha despreciado? Quiá; eso no, digo, me parece... (Aparece Petra.)

ESCENA IV

PETRA y JACINTO

PET. ¿Y la señorita?

JAC. ¡Loca perdida!

PET. ¿Cómo?

JAC. No, quiero decir... Toma. (Dándola una peseta.)

PET. ¿Otra?

JAC. Sí; pero no creas que es para comprar tu silencio, al contrario, desembucha lo que sepas.

PET. ¿Y que es lo que quiere usted saber?

JAC. Tu señorita se llama Elena, ¿eh? (Petra asiente.) Lo sabía.

PET. Pero usted, ¿de cuándo acá la conoce?

JAC. Eso es lo que á tí no te importa. Sin embargo, para que veas que no quiero darme tono contigo... aunque tú ya sabes que en cuanto á conquistas, soy punto fuerte...

PET. Ya, ya lo sé. Pero esta vez creo que se lleva usted chasco.

JAC. ¡A que no! ¿Qué te apuestas? Para que te

enteres, ayer la ví en la Castellana. Bajaba ella por el paseo y yo le subía en mi bicicleta como una flecha.

PET. ¡Ay, también usted! Y que estará usted poco vistoso en velocípedo...

JAC. Hija mía, es lo que más viste. A todos los muchachos nos ha dado ahora por ahí.

PET. ¡Muchacho!... (¡Con espolones!)

JAC. Pues mira, es un ejercicio que favorece mucho á los mozos... de libras como yo; dá flexibilidad, y se conserva uno aéreo y vaporoso. (Haciendo algunas piruetas.) Ya lo vés. Pues, como te decía, al cruzarnos, la miré, me miró, el corazón me dió un bote, y en el acto dí contra-vapor (Uniendo la acción de parar la bicicleta.) parando en seco... y atizándome un batacazo de los de ¡no te menées, pulguita!...

PET. Já, já...

JAC. ¡Creí que me había reventado! Te lo juro. Pero tu señorita no se apercibió; monté de nuevo y me lancé tras ella, describiendo círculos á cual más elegantes en turno suyo, como una mariposa alrededor de la luz. La requebré, la floreé, la dije mil cosas á cual más bonitas; cuando ya iba agotando el repertorio, hizo parar el tramvía, donde corrió á refugiarse cual tímida paloma huyendo del milano. ¡Ay, si no llego á llevar la bicicleta!...

PET. Total; que le dejó á usted plantado y con el coscorrón para recuerdo.

JAC. ¿A mí? ¡Tengo yo más chiripa que todo eso! Al subir al coche, me dejó como recuerdo... lo que á tí no te importa, ¿entiendes? Eso ya es un secreto para tí y para ella.

PET. ¿Para mí? Pues lo que es yo no estoy en el secreto.

JAC. Mejor; así te evitas preocupaciones. Seguí al tramvía en mi bicicleta y en la Puerta del Sol, bajó; bajé, la seguí hasta aquí, esperé, no salió. Pero hoy, á la media hora de estar en la esquina de enfrente, ella se acercó á la vidriera y con toda la coquetería de una

mujer discreta, me hizo con su pañuelo una señal que sólo comprendemos el *Buñolero* y yo, y ¡zis! me arranqué escalera arriba hasta que me topé contigo *abierta de capa*, es decir, con la puerta franca y *la donna sperando nel camerino al suo innamoratto cavalieri*. Esto no lo entiendes, ni falta que te hace; es un idilio. *Quest é un idilio, in veritá.* (Cantando ad libitum.)

PET. Señorito, ¿quiere usted que le diga una cosa?

JAC. Venga de ahí. (Suena una campanilla en el interior.)

PET. ¡Ay, los señores; deben ser ellos!

JAC. ¡Chist! Aguarda. ¿Qué señores son esos?

PET. Los padres de la señorita. Vayase usted, por Dios, no nos comprometa usted.

JAC. ¡Ah, demontre! Ahora comprendo... ¿Pero, vive con ellos?

PET. No, vienen hoy á almorzar... Váyase usted pronto.

JAC. (Por eso no ha querido prolongar la entrevista...)

PET. Señorito... (Empujándole hacia el fondo,)

JAC. En la esquina estoy. *Quest é un idilio*... (Vanse por el fondo.)

ESCENA V

GUILLERMO, á poco DOÑA SABINA y EMETERIO.

GUIL. (Saliendo por la segunda derecha en traje de calle, deja el sobrero sobre un mueble y se sienta en un sillón dando la espalda á la puerta del fondo.) He oído llamar. Serán mis señores suegros. ¡Morrocotudo aperitivo les tengo preparado! (Entran doña Sabina y Emeterio por el fondo.)

SAB. ¿Quién será ese que sale de aquí?

EMET. Algún privilegiado de nuestro yerno, sin duda.

SAB. ¡Hola! (Viendo á Guillermo que sigue sentado afectando indiferencia.) ¿Así nos recibes?

EMET. ¡Qué repantigado! No, no te molestes.

GUIL. Están ustedes en su casa, y los cumplidos huelgan.

EMET. Adiós, te hemos hecho esperar, y...

GUIL. No, ustedes siempre llegan á tiempo.

SAB. Pues, hijo, hace ya media hora que podíamos estar aquí; pero al llegar al portal nos pararon unas amigas...

GUIL. Repito que no se trata de eso. Tomen ustedes asiento (Con gravedad.)

SAB. Pero, hombre, pareces un juez.

EMET. ¿Y Elena?

GUIL. Buena; luego la verán ustedes, y hablarán todo lo que quieran. Ahora me toca á mí, y en serio.

SAB. ¡Ave-María... ¿Qué ocurre?

EMET. Habla, hombre...

GUIL. Ocurre, señores míos, que creo haber cometido una pífia de primer orden casándome con una muchacha de las que tienen muchas pajaritas en la cabeza.

EMET. ¿Qué estás diciendo?

SAB. ¡Una patochada! no hay más que oirlo.

GUIL. Señora... Yo soy hombre muy corrido, muy experimentado en la sociedad que vivimos, y á la altura que he llegado, no tengo inconveniente en ponerme el mundo por montera, y sobre todo, las mujeres me las he llevado siempre al dedillo,

«desde la princesa altiva,
á la pesca en ruín barca,»

como dijo no sé quien; pero lo digo yo ahora, y basta.

EMET. Pero, hombre, á qué viene citar versos del Dante, no... me parece que fué Espronceda...

SAB. ¡O Narváez ó el demonio! Para el caso es lo mismo. Resultado: que eso que dice usted de mi hija, aunque haya usted corrido las *siete partes* del mundo y se ponga usted todas las monteras que le dé la gana, es una calumnia, y gorda.

EMET. ¡Eso! Una calumnia que no podemos tolerar.

SAB. ¡Y que exige una explicación! A este, (Señalando á Emeterio.) á este tiene usted que dar una explicación.

EMET. No, á los dos; tú eres su madre.

SAB. Y tú su padre.

EMET. Bueno, mujer, bueno; estoy conforme.

SAB. ¡Hombre, no faltaba más sino que no lo estuvieras!

GUIL. ¿Puedo hablar yo?

SAB. Ya podía usted haber acabado.

EMET. Hable usted.

GUIL. Elena salió ayer de casa.

SAB. Y estuvo en la nuestra.

GUIL. Lo sé perfectamente. El caso es que al quedarme solo tuve la humorada de entretenerme en revolver su secreter, y entre sus cintas y moños encontré esta cartita fechada de anteayer. (Recalcando y mostrando la carta, que lee.) Dice así: «Querida Elena: Necesito que »me cumplas tu palabra y el recuerdo pro»metido. Estoy muy triste desde que no nos »vemos. Mañana en la Prosperidad. No fal»tes. Mil besos de tu J.» Se enteran ustedes?

SAB. Yo, ni pizca.

EMET. Ni yo.

GUIL. ¿Usted tampoco? (A Emeterio.)

EMET. Ni jota.

GUIL. Hombre, ¿va usted á negarme que es precisamente quien está mejor enterado?

EMET. ¿Yo?

SAB. ¡Qué ha de saber este!

GUIL. Hablo de la J de la firma, ¡que en cuanto averigue yo quién es!...

SAB. Ahora mismo. (A Emeterio.) ¡Llama á Elena; que venga!

GUIL. No, delante de mí no quiero interrogatorios. Serán inútiles, porque ya anoche no logré sacarla una palabra del cuerpo, y demostró estar convicta y confesa.

EMET. Pero... ¿á los ocho días de casada?

SAB. Hombre, no es posible tan pronto.

GUIL. ¡Señora, tengo pruebas! Esta, (Por la carta.) sobre todo, me basta para resolver lo que crea oportuno, si ustedes no consiguen de ella les confiese lo que anoche no quiso confesarme. Ahora, ahí se quedan ustedes, en familia.

EMET. ¡Cómo! ¿Te vas?

SAB. ¿No almuerzas?

GUIL. Aquí, no, señora. Me voy á un café, y si esto no se arregla, dormiré también fuera, en una fonda.

SAB. (¡En la Prevención es donde va á dormir este como se me ponga aquí!) (Señalándose á la nariz.)

EMET. Pero, hombre...

GUIL. Beso á ustedes la mano. (Vase por el fondo.)

ESCENA VI

DOÑA SABINA, EMETERIO y después ELENA

EMET. ¡Pues, señor, estamos frescos!

SAB. Todo esto lo estaba yo viendo venir. Dije desde el principio: ¿casamos á nuestra hija con un *cotorrón?* Pues al primer tapón...

EMET. ¡Adiós, adiós! ¡Ya empiezas á dispararte!

SAB. ¿Y no tengo razón? La pifia, como él dice, la hemos hecho nosotros, consintiendo la boda.

EMET. ¿Ahora salimos con esas?

SAB. ¡Ah, si yo hubiera sabido todas sus rarezas! ¡Un hombre que se casa... de matute!

EMET. ¡Mujer!..

SAB. ¡Sí, señor; de matute! Porque eso de hacer la boda á cencerros tapados, sin invitar á nadie, á las cinco de la mañana, y en seguida al tren para volver por la noche, y á casa, sin que se entere ni el sereno, no lo hacen más que los matuteros con las terneras ó con las vejigas de aceite.

EMET. ¡Vaya una comparación!

SAB. Y á estas fechas sin repartir esquelas de participación, sin ofrecer la casa... ¿qué se propone este hombre? Vamos á ver, ¿lo sabes tú?

EMET. Probablemente. ¡Con solo que reflexionaras!...

SAB. ¡Yo no reflexiono nunca!

EMET. Ya, ya lo sé.

SAB. Desde que se ha casado no ha salido una

vez á la calle con su mujer, ni hacen una visita, ni van á un teatro... Eso sí, él bien sabe irse á su Casino tarde y noche, y gracias que no se descuelgue á las tantas.

EMET. Mira, no nos metamos en camisa de once varas. Guillermo no tiene edad de variar sus costumbres, y por lo que respecta á lo demás, él sabrá conducirse como lo que es, como un caballero.

SAB. En plaza.

EMET. Bien, como quieras. Lo que importa es que haga feliz á nuestra hija.

SAB. Sí, ya se le conoce. Por eso se mete á olisquear el secreter.

EMET. Y desdichadamente puso el dedo en la llaga.

SAB. ¿A que le defiendes á él todavía?

EMET. Sabina, no divaguemos. Lo primero es lo primero. Saber por Elena misma qué lío es este, y arreglarlo como se pueda.

ELENA (Apareciendo por la primera derecha.) ¡Mamá!..

SAB. Ven acá. (Cogiéndola con resolución de una mano.)

ELENA ¡Papá!... ¿Han visto á Guillermo?

SAB. Sí, acaba de marcharse.

ELENA ¿Ha salido?

EMET. A dar una vuelta nada más. (Atemperando la actitud de Sabina, á la que hace signos de contenerse.)

ELENA ¡Ay, me alegro! Estaba deseando que llegaran ustedes.

SAB. Ya hace rato que estamos aquí.

EMET. Sí, Guillermo tenía que hablarnos...

ELENA Y les ha dicho...

SAB. ¡Una porción de barbaridades!

EMET. ¡Mujer!...

ELENA ¡Ay, mamá! ¡He pasado una noche hórrible! ¡Sola... llorando!...

EMET. ¡Cómo! ¡Sola!

SAB. ¿Te ha hecho llorar? ¡Eso sí que no lo paso, no, señor! ¡En cuanto vuelva, me abalanzo á él y lo!...

EMET. ¡Calma, Sabina, calma! Vamos á ver; cuéntanos lo que ha pasado.

ELENA Pues, nada. Que anoche, al recogernos...

SAB. (¡Vaya una ocasión!) Bueno, ¿qué?

ELENA No quiso que entrara Petra...

SAB. ¡Phs! ¡Claro! ¡Con toda intención!

EMET. Como que estaría ya saltando por... Adelante.

ELENA Es que me da vergüenza decirlo, por papá.

SAB. Emeterio, salte al pasillo.

ELENA No, se lo diré á usted al oido. A usted sola. (Lo hace.)

EMET. (Esta infeliz cree que no sé yo lo de la carta. ¿Será de algún novio rezagado que le gustará más que su marido?)

SAB. Hija, eso no tiene nada de particular. ¡Cuántas veces, recién casada con tu padre, me he visto en tu caso!

EMET. ¡Zapateta! ¡Pues ahora me desayuno!

SAB. ¡Cállate, hombre! (A Elena.) Continúa. (Vuelve Elena á hablarla al oído.)

EMET. (¡No, pues como dé el diablo en tirar de la manta!...)

SAB. (Llevándose las manos á la cabeza.) ¡Para qué queremos más día de fiesta!

EMET. Pero, ¿se puede saber?...

SAB. Emeterio, hay que poner en seguida un anuncio en *La Correspondencia*.

EMET. ¡Un anuncio!

ELENA ¡Pero, mamá!...

SAB. Tú, déjame. Es lo más derecho.

EMET. Mujer, explícate.

SAB. Mira, ésta ha perdido ayer una liga de las que su marido la trajo de París expresamente para regalo de boda. Como tiene el nombre bordado en oro y hebillas de perlas, alguien la habrá encontrado, y parecerá, ¡por fuerza! Una liga así no tiene pérdida.

EMET. ¿No? Pues mira si la ha perdido.

SAB. Pero, hija, ¿y tú no has podido decirle?...

ELENA Nada, mamá; cuando lo notó, fué cuando yo lo advertí, y no supe qué decirle. Además, se puso tan furioso, que yo me acobardé de tal modo...

SAB. ¡Si llego yo á estar!...

EMET. No, pues la pelotera tiene su explicación; porque escamado con lo de la carta...

SAB. ¡Ay! pues ya no me acordaba. ¡Figúrate cómo tendrá el hombre la cabeza!

ELENA ¿De qué carta hablan ustedes?

SAB. ¿No lo sabes? ¡Pues es una friolera! La que ha encontrado tu marido.

ELENA ¡Pero si yo no sé nada de tal carta! (Suena la campanilla en el interior.)

SAB. ¿Será él?

ELENA (¡Dios mío! Yo no entiendo una palabra.)

SAB. (A Elena.) Anda, vamos á tu gabinete. Emeterio, quédate aquí y le capeas mientras tanto. (Sabina y Elena entran por la primera puerta derecha.)

EMET. Eso es, ¡bonita comisión! Pues yo me voy al comedor; me está sonando el estómago como una vihuela. (Vase por el fondo en dirección de la derecha.)

ESCENA VII

GUILLERMO y JACINTO, luego PETRA

GUIL. Por aquí; pasa. (Dando paso á Jacinto.)

JAC. ¡Caspitina! ¿Será broma? (Mirando en derredor.)

GUIL. (¡Este maldito!... Yo he de saber...)

JAC. (Petrilla se quedó espantada. ¡Aquí hay gato!)

GUIL. Yo soy aquí como de casa. La ha dejado á mi cuidado un amigo que está ahora en Andalucía, y todos los días vengo á dar una vuelta.

JAC. (¡Te veo!) ¿Y vive sólo tu amigo?

GUIL. Completamente. Esa criada que le sirve y nada más.

JAC. (¡Qué embustero!)

GUIL. Por cierto que tengo que darla un recado de su amo. (Llamando en un timbre.) (¡No vayan á presentarse!...)

JAC. (¡Me la está dando de puño!)

PET. (Presentándose por el fondo.) ¡Señorito!...

GUIL. (A Jacinto.) Con tu permiso... (Lleva á un lado á Petra y la habla aparte.)

JAC. (¡Este es un zorro viejo y le estoy viendo la oreja! En el Casino es fama que las mata callando; pero esta vez voy á tener el gusto

de darle en la cabeza. ¡Ahora verás!)

PET. (¡Si yo pudiera hacerle una seña...) (Vase por el fondo esperando que Jacinto la mire, éste lo hace y Guillermo les sorprende haciéndose señas que Jacinto disimula cómicamente. Se sientan.)

GUIL. Con que, vamos á ver; díme, díme, ¿qué hacías de plantón en la esquina?

JAC. Ya te lo he dicho. De conquista.

GUIL. Pero, ¿de veras vive en esta casa?

JAC. Sí, hombre. Y puede que la conozcas.

GUIL. Desde luego te aseguro que no. No me he fijado en la vecindad.

JAC. Lo siento, porque ella se trae algo de misterio, y tú que eres ducho en materia de mujeres, pudieras iluminarme.

GUIL. Habla, hombre, ya me tienes con curiosidad.

JAC. Aquí para *inter nos*, me mosqueo que somos dos.

GUIL. ¡Hola! (Saca la petaca y dos tabacos, dándole uno á Jacinto.)

JAC. El otro, aunque presumo que está afincado, cuando menos se lo piense lo dejo á la luna de Valencia. (Le ofrece la cerrilla encendida.)

GUIL. ¡Ah, tunante! ¿Es feo? (Encendiendo y valiéndose ambos de los cigarros en el modo de fumar para observarse y disimular impresiones.)

JAC. No le conozco; pero una amiga me ha dicho que está algo pasado de moda. (¡Tómate esa!)

GUIL. ¿Luego es un viejo?

JAC. De tu edad; mejorando lo presente.

GUIL. Pero bien, ¿ella te corresponde?

JAC. Hombre, eso por sabido se calla.

GUIL. Es que no fueras á estar echándola de platónico, mientras el otro...

JAC. Ni más ni mangas. ¡Como que me ando yo por las ramas!

GUIL. (¡No sé por qué sudo pez!) (Da repetidas chupadas al tabaco fingiendo avivarle el fuego.)

JAC. (No hay duda, entra en cuidado. En cuanto le apriete un poco, me deja el campo libre, salvando el incógnito.)

GUIL. De modo que el bloqueo...

JAC. Viento en popa, chico. Ayer tarde nos vimos. ¿Tú serás discreto, ¿eh?

GUIL. Como un muerto. (¡Este es! ¡La J!... ¡Jacinto!...)

JAC. Voy á enseñarte un recuerdo suyo, pero te repito lo que dijo aquel rey inglés: «*Honni soit qui mal y pense.*» (Saca del bolsillo un envoltorio de papel de seda, que descubre.)

GUIL. (¡Le mato, le mato!...)

JAC. Mira. (Mostrándole una elegante y caprichosa liga cerrada, que Guillermo le arrebata, asiéndole luego por las solapas.)

GUIL. ¡La misma! ¡Conque eres tú!... ¡Vas á perecer!

JAC. Suelta... ¡Que me ahogas!

GUIL. ¡Calla! ¡Entra y calla! ¡Ni una palabra, ó te tiro por el balcón! (Siempre cogido de las solapas y tapándole la boca Guillermo le hace entrar por la primera puerta de la izquierda, dejándole encerrado con llave.)

ESCENA VIII

GUILLERMO, á poco DOÑA SABINA y después PETRA y EMETERIO

GUIL. ¡Si cuando tengo un presentimiento, rara vez me engaño! Al bajar le ví ahí enfrente, y me dió mala espina; ¡y tan mala! El no me vió, y le aceché. ¡Miraba aquí!... Y el que como yo ha sido cocinero antes que fraile...

SAB. (Apareciendo por la primera derecha.) ¿Estás aquí? Me alegro. (¡Le voy á poner verde!) (Trae en la mano una esquela doblada.)

GUIL. Señora, la prevengo á usted que será en vano intente usted embaucarme con componendas. ¿Ve usted esto? (Mostrándola la liga.)

SAB. ¿Ha parecido?

GUIL. ¡Y le va á costar la vida á un hombre!

SAB. ¡Qué atrocidad! ¿Estás loco? (Guillermo toca el timbre.)

GUIL. Todavía no; pero al paso que voy...

PET. (En la puerta del fondo.) ¿Llama usted?

GUIL. Diga usted al señor que venga. (Petra se retira.)

SAB. (¡Aquí anda el demonio metiendo la pata; por fuerza!)

GUIL. (Ahora veremos si tienen valor para defenderla.)

EMET. (Entrando por el fondo.) Vamos, ¿se arregló ya eso?

GUIL. Aquí no hay otro arreglo que matar á uno, y después el divorcio.

EMET. ¡Qué bárbaro! Dispensa. (Queriendo reportarse.) Pero esa combinación...

SAB. ¡No puede ser más disparatada!

GUIL. Culpen ustedes á su hija y á esta prueba acusadora. (Mostrando nuevamente la liga, que conserva en la mano.)

EMET. ¡Ah! ¿La has encontrado? ¿Dónde estaba?

GUIL ¿Dónde? En poder del autor de la carta. ¿Y saben ustedes quien es el J. que la firma? Pues el amante en cuestión; ¡un amigo mío!

SAB. ¡Mentira! Mentira todo. Mi hija no tiene ningún amante. (Guillermo hace esfuerzos por contenerse oyendo á doña Sabina.)

EMET. Pero, hombre... ¿Y ese amigo?...

SAB. ¿Dónde está? Que le vea yo.

EMET. Calma. Sabina; calma...

SAB. ¡Si es que quiero arrancarle la lengua! Y refregarle esta carta... (Por la que tiene en la mano.) A ver si me dice á mí que es suya esta también. (Guillermo coge la carta, que mira rápidamente.)

GUIL. Otra... ¡Y firma J.! (¡Nada, le mato!) (Tira la carta al suelo. Emeterio la recoge.)

SAB. Leela, leela...

GUIL. (¡Me han engañado todos, todos!) (Sentándose y hundiendo la frente entre las manos.)

SAB. (A Emeterio.) ¡Leela tú, hombre!

EMET. Voy, voy. (Lee.) «Querida Elena: Desde que »saliste del colegio he perdido mi mejor »amiga. ¿Te casas? Dichosa tú. ¿Y por qué »quiere tanto secreto tu marido? Yo deseo »verte los días de paseo, y todos los jueves »diré á mamá que nos lleve el coche hacia »el Hipódromo. Si vas á la Prosperidad, ese »día nos veremos y pasearemos juntas un »rato. Escríbeme, adiós. Mil besos de tu J.»

SAB. ¿Se entera usted? (A Guillermo que ha ido prestando atención á la lectura.)

GUIL. Pero... esto ¿qué quiere decir?

SAB. Sencillamente que esa carta y la otra son de una condiscípula suya que se llama Julia. ¡Que usted ha visto visiones! Y que no contento con poner á mi hija en ridículo ocultándose como su marido, todavía busca usted la manera de armar peloteras. ¡Dios sabe con qué intención!

GUIL. (¿Será cierto?...)

EMET. Y esa criatura, porque no aclaró á su marido...

GUIL. (Tomando la carta.) Basta; la autenticidad de estas cartas, corre de mi cuenta averiguarla. ¡Queda esto, esto (Aludiendo á la liga.) que ella no explica de ninguna manera, mientras que ese infame!... (Mirando hacia la puerta por donde entró á Jacinto y cerrando el puño con amenaza.) ¡O él ó yo! Las armas decidirán.

EMET. Guillermo... ¡qué vas á hacer!

GUIL. Permítame usted. Voy á mi despacho. Diez minutos nada más para cumplir mis deberes de caballero. (Vase hacia la segunda puerta izquierda, por la que desaparece, cerrándola.)

SAB. Déjale. ¿Había de matar á su mujer á disgustos? Más vale que le mate á él un amigo. Así habrá tranquilidad.

ESCENA IX

DOÑA SABINA, EMETERIO, á poco PETRA y después JACINTO

EMET. Mira, Sabina; llama á Elena.

SAB. ¿Para qué? No hace maldita la falta.

EMET. Es menester que nos diga la verdad de todo lo que haya.

PET. (Apareciendo por el fondo atribulada y avanzando recelosa.) Señora...

SAB. ¿Qué hay?

PET. ¿Y el señorito?

SAB. En el despacho.

EMET. No se le puede interrumpir ahora.

PET. ¿Y el otro?

SAB. ¿Qué otro?

PET. El señorito Jacinto, el que ha venido con él.

EMET. No le hemos visto.

PET. ¡Ay, virgen de la O!

EMET. Toma; pues ese es el amigo que quiere matar.

PET. ¡Ay, me lo estaba temiendo!

SAB. Muchacha, ¿sabes tú algo?

PET. Sí, señora; que es un infeliz. (Petra, atribulada y dando vueltas procurando averiguar dónde puede estar Jacinto, observa que las puertas donde está encerrado son sacudidas por éste, intentando abrir.) ¡Ay, aquí está!...

EMET. ¿Ahí?

PET. Ay, háganle ustedes que se vaya.

SAB. ¡Irse! Ahora es la mía. (Cogiéndola de un brazo y llevándola luego hacia la puerta del fondo, por la que la obliga á irse.)

PET. Señora, créame usted, yo respondo...

SAB. Bueno, déjanos. ¡Ahora va á saber ese quién soy yo!

EMET. Sabina...

SAB. Emeterio, dí, á ese... tipo, que salga.

EMET. (Yendo á la primera izquierda.) ¡Calle; está encerrado! (Desecha la llave y abre.) Caballero... (Mirando adentro y entrando precipitadamente.) ¡Eh! ¡Caballero!

SAB. Qué, ¿no quiere salir? (Emeterio saca á Jacinto de un brazo y á la fuerza; este trae atados á la cintura los cordones de un alza-paños y á estos luego un portier por un extremo y al otro una sábana igualmente atada, y á esta una colcha etc., etc.; formando todo como una especie de escala, que se supone ha formado para descolgarse por una ventana y evadirse. Al llegar al centro de la escena el tiro que hace el atadero desde dentro le impíde avanzar más. Jacinto se manifiesta temeroso.)

EMET. Pero, ¿qué iba usted á hacer? ¿Arrojarse al patio?

JAC. No, señor... ¡Escalar la portería!

SAB. ¡Pero esto es un hombre ó una cometa!

JAC. Y Guillermo... ¿se ha ido?

EMET. ¡Chist! Baje usted la voz.

SAB. Señor mío, ya puede usted ir haciendo examen de conciencia. (Con actitud amenazadora. Corre á cerrar la puerta del fondo.)

JAC. (¡Canario! ¿Estos también? ¿Será un *atraco* elegante?) (Doña Sabina va luego á cerrar la primera izquierda, pero como el aladero de Jacinto lo impide, hace á Emeterio que le desate, lo recoge, lo echa todo dentro y cierra luego.)

SAB. Emeterio, desata ese pájaro...

JAC. (¡Ay, ay, ay! Aquí no va á haber más remedio que tomar el camino de la Vicaría. La martingala está conocida; me han cazado con *liga*.

SAB. (A Jacinto.) Le permito á usted que se siente.

JAC. Muchas gracias, señora; pero... francamente, ya hace rato que me estarán aguardando en otra parte.

SAB. ¡Bueno! Le esperarán á usted sentados también.

EMET. Que... se siente usted le han dicho.

SAB. Usted no sale de aquí ya, más que de dos maneras: ó con los pies para adelante...

JAC. Ay, pues prefiero la otra...

SAB. Entonces, va usted á decirme, á mí, cuándo ha escrito cartas á Elena, á mi hija.

JAC. ¿Yo? Nunca.

EMET. Pues cómo ha dicho usted á Guillermo...

SAB. ¡Emeterio, calla tú!

JAC. Yo no le he dicho... (Respondiendo á Emeterio:)

SAB. ¡Y usted habla cuando yo le pregunte! (Amenazadora.)

JAC. (¡Cascabelitos! ¡Qué suegra me toca!... ¡Y está rebosando salud!...)

SAB. ¿Quiere usted decirme cuándo y cómo ha visto usted á Elena?

JAC. (Procurando dulcificar.) Con mucho gusto. ¿Por qué no? Ayer la ví, por vez primera, no al pie de la enramada, por el paseo de la Castellana, y la verdad, me enamoró. Y esta mañana, ¿á qué negarlo, si me han visto ustedes? Hemos tenido un pequeño *tête á tête*...

SAB. ¿Un qué?... (Alarmada.)

EMET. ¡Cómo!...

JAC. Ah, sí. (Reparando que lo dijo en francés, y no le han entendido.) Un ratito de palique.

SAB. ¡Falta usted á la verdad! Digo, ¡miente usted!

JAC. Juro á fe de Jacinto Petón...

SAB. ¡Le digo á usted que miente!... Pero Emeterio, ¿de qué sirves tú aquí?...

EMET. De estorbo, quiero decir... Como me has mandado callar...

JAC. Señora, no se altere usted. Yo estoy dispuesto á reparar todo el mal que haya causado dirigiéndome á su hija. Si mi amigo Guillermo consiente, puesto que él y yo resultamos con iguales pretensiones, y ya he cometido una inconveniencia confiándome á él con pruebas y todo).

SAB. ¡Y se atreve usted!...

JAC. Sí, señora, á todo, hasta á hacer otra inconveniencia: me casaré también con ella, ea.

SAB. ¡Jesucristo! ¡A este hombre le falta algo!...

EMET. ¿Está usted en su juicio?

JAC. Creo que me pongo en razón. Después de todo, tengo una ventaja sobre Guillermo, para ella y para ustedes...

SAB. y EMET. ¡Ventaja!...

JAC. A la vista está: soy bastante más joven que él, bien parecido, elegante, fino. Además tengo una tía vieja, rica, y de Cádiz, por más señas, que todo me lo deja cuando muera, ella, no yo. En cambio Guillermo no tiene, ni mucho menos, lo que ha tenido; está machucho, *fané*... En fin, estoy seguro de que si la dan á elegir, por su gusto, me llevo la palma.

SAB. ¡La paliza del siglo, es lo que se va usted á llevar!...

EMET. Hombre, ¡si no mirara... que va usted en dos pies como yo!...

SAB. ¡Calla, Emeterio, calla! Comprendo que Guillermo quiera matarle. ¡Qué lo mate! Más vale.

ESCENA X

DOÑA SABINA, JACINTO, EMETERIO y GUILLERMO, que aparecen trayendo en la mano un gran sobre cerrado y lacrado.

GUIL. (Viendo á Jacinto.) ¡Cómo! ¿Con qué derecho se ha permitido?...

JAC. Poco á poco... Este señor (Por Emeterio.) me ha hecho salir.

SAB. He querido aclarar la verdad, siquiera por mi hija.

EMET. Y nos ha confesado que no ha escrito nada á tu mujer, pero...

JAC. (Al oir á Emeterio.) ¡Caracoles! ¿Qué dice usted? Guillermo... (Dirigiéndose luego á él.)

GUIL. Ni una palabra entre los dos. Ya he llamado por teléfono á dos amigos, y antes de una hora quedará todo ventilado.

JAC. Señor de Em... de Eme... de megaterio... (Trastornado.)

EMET. ¿Me insulta usted?

JAC. Usted perdone... ¿Ha dicho usted *su mujer?*... ¿Su hija de usted?...

SAB. ¡Infame! (A Jacinto.) ¡Va usted á ser causa de que se quede viuda antes de tiempo!...

JAC. ¿Yo? De ninguna manera, señora... Guillermo, ¿de veras es tu esposa? ¿Te has casado?

GUIL. Eso es lo que no le importa á usted.

JAC. ¡No me ha de importar!... Si yo la he creido soltera, y te lo he contado todo en la creencia...

GUIL. Es lo único que le tengo que agradecer. No hablemos más ¡El cuerpo del delito!... (Mostrando la liga, que vuelve á sacar del bolsillo, con indignación.)

JAC. Pero, qué delito ni qué... Se la cayó ayer al subir al tramvía; yo la recogí y me la guardé con la mejor intención, por capricho, nada más... (Guillermo reflexiona un instante.)

SAB. Y usted, ¡grandísimo... *cotorrón*!... (Acercándose airada.)

EMET. ¡Y hasta ahora!...

GUIL. (Llegando á él ansioso.) ¿Qué dices?... ¿Es cierto eso?

JAC. Mi palabra de honor...

GUIL. Elena no... (Con alegria.)

JAC. Ni la había yo visto en mi vida, ni ella á mí, ni...

GUIL. Sí, basta, te creo. (Y ella, la infeliz... ¡He sido un estúpido, un imbécil!... (Desaparece presuroso por la primera derecha.)

ESCENA ULTIMA

DOÑA SABINA, JACINTO, EMETERIO y luego ELENA y GUILLEMO

SAB. Vamos; ¿y ahora qué debía hacer yo? (A Jacinto.)

JAC. Señora, darme las gracias; porque si me descuelgo un minuto antes por el patio, no me hubieran visto ustedes el pelo hasta el día del juicio.

GUIL. Aquí le tienes. (Aparece Guillermo trayendo de la mano á Elena. La presenta; Jacinto y ella se sorprenden al verle allí.) Te presento á mi amigo ..

ELENA (A Jacinto.) ¡Usted, aquí otra vez!

GUIL. ¡Cómo!...

JAC. Despacio; no vayas á enredarla de nuevo. Yo vine esta mañana con objeto... de entregar el hallazgo; pero esta señora no quiso oirme, me dejó aquí plantado y...

ELENA Y usted, por despecho, sin duda...

JAC. Nada de eso, señora. Guillermo tiene la culpa de que yo me haya permitido una broma...

GUIL. Pérdoname, Elena...

SAB. (Imponiéndose á todos.) Bien; todo eso se evitará en adelante publicando en los periódicos, en las esquinas y hasta en los telones de los teatros, que don Guillermo Coscona y doña Elena de Catite, participan á todo el mundo su efectuado enlace, y ofrecen su casa, Belén, cuarenta, principal. (Guillermo intenta hablar, pero doña Sabina no le deja.) Sí, se-

ñor; y cuando salga su mujer, la acompaña usted, y así se enterará de los pasos que da, ahorrándose cavilaciones y malos pensamientos, propios de todos los *Tenorios* que se casan *cotorrones*...

(Al público.)

¿Digo, ó no digo verdad?
Si tú apruebas mi argumento,
no dudará ni un momento (Por Guillermo.)
de que es la fidelidad
una verdad, y no un cuento.

TELÓN

OBRAS DE LUIS COCAT

Las citas de Carlota, juguete cómico.
De vuelta de Argel, zarzuela cómica.
El Doctor Falopini, sordera cómica.
Les amis sont les amis..., juguete cómico lírico.
La Reunión de candil, zarzuela cómica.
En el Viaducto, pasillo cómico-lírico.
Sobre las tejas, humorada cómico-lírica.
Oídos á componer, juguete cómico-lírico.
Platos del día, revista cómico-lírica en varios cuadros.
R. R. O., monólogo apropósito.
Por la culata, juguete cómico-lírico.
El chiripero, idem, id., id.
Cajón de sastre, revista cómico-lírica en varios cuadros.
Pisto manchego, Idem, id., id
La gorra de Gómez, juguete cómico-lírico.

OBRAS DE HELIODORO CRIADO

El correo interior, juguete cómico.
Cosas de España, revista cómico-lírica en dos actos.
A Capellanes, apropósito.
Sitiado por hambre, juguete cómico-lírico.
Noche-buena, idem, id, id.
La Patti y Nicolini, idem, id., id.
Un loco hace ciento, idem, id., id.
Sin contrata, idem, id., id.
La caricatura, juguete cómico.
Monomanía teatral, juguete cómico-lírico.

DE LOS MISMOS (en colaboración)

A toda vela, zarzuela en un acto.
La velada de Benito, boceto cómico-lírico.
Como tres en un zapato, juguete cómico-lírico.
Nina, juguete cómico lírico (2.ª edición).
Quedarse "in albis" juguete cómico-lírico
Dos chicos en grande, humorada cómico-lírica.
¡*A la Exposición*! viaje cómico-lírico en cinco cuadros.
Papá-suegro, juguete cómico-lírico.
Arlequina, idem, id., id.
La barrica de oro, humorada cómico-lírica.
Un cero á la izquierda, juguete cómico.
La comida de boda, juguete cómico-lírico.
Los cotorrones, juguete cómico-lírico.

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9, Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Guttenberg, Príncipe, 14; Simón y Comp.ª, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11; José María Jaquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.

Habana: Manuel Durán, Oficios, 40.

Buenos Aires: Landeira y Comp.ª, Libertad, 36.

ARCHIVO MUSICAL

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de ezarzulas y óperas para grande y pequeña orquesta.

Greda, 15, bajo